Faustino Miranda González (1905-1964)

MIGUEL FRANCO BAQUEIRO

Intentar hacer una semblanza de un hombre que aún está presente en la memoria de todos aquellos que le conocieron, pero que forma parte de la historia, para quienes no tuvieron esa fortuna, es una tarea difícil por dos razones. La primera es que quienes pueden proporcionar una visión personal de experiencias a su lado han escrito ya un buen número de excelentes y conmovedoras biografías, desde luego nunca en cantidad suficiente, que cubren diversos aspectos de su vida. Imposible para alguien que no le conoció hacer una semblanza de este tipo. La segunda dificultad consiste en que, a medida que uno se adentra en los documentos existentes y platica con quienes le conocieron, rápidamente se da cuenta de que, mientras la vida transcurre, como se dice comúnmente, en un suspiro, la trascendencia de una vida fructífera, así como las anécdotas e interpretaciones relativas a esa existencia pueden perdurar para siempre. Faustino Miranda ocupa este lugar en la historia de la biología en México.

Faustino Miranda nació el 19 de febrero de 1905 en Gijón, Asturias, y en esta ciudad obtuvo su instrucción desde primaria hasta bachillerato. Su educación profesional la obtuvo de la Facultad de Ciencias, Sección de Naturales, en la Universidad Central de Madrid, en donde, entre 1921 y 1925, cursó la licenciatura y, entre 1925 y 1926, el posgrado. En 1932 le fue otorgado el grado de doctor por la investigación, realizada entre los años de 1926 y 1929, sobre "Algas y cianofíceas del Cantábrico, especialmente de Gijón". A partir de entonces se desempeñó como catedrático de institutos de sengunda enseñanza en Lugo, Pontevedra y Gijón. Cuando estalló la guerra que, recuerda Ida Langman, él llamó "incivil", Faustino Miranda abrazó la causa republicana. Después de la evacuación de Gijón se dirigió a Barcelona, en donde continuó trabajando hasta la caída de la república. Entonces se dirigió a Francia, donde fue recluido en un campo de concentración. Posteriormente, se le permitió vivir en París, en cuyo Museo Nacional de Historia Natural colaboró.

En 1939 emigró a México y dos años después obtuvo la nacionalidad mexicana. En palabras de Manuel Ruiz Oronoz:

> El doctor Miranda fue muy mexicano, si no por nacimiento, sí de todo corazón, pues siempre tuvo un acentuado cariño a México. Veinticinco años vivió en nuestro país, y a él entregó lo mejor que poseía: su saber y su dedicación... desempeñaba su trabajo con toda naturalidad, como quien cumple con una tarea normal y no como quien realiza una proeza... Siempre le disgustaron las lisonjas y alabanzas, nunca quizo atraer la luz de los reflectores, pues bien sabía que los que buscan el brillo olvidan que el brillo puede ser virtud de superficie, pero no de profundidad.

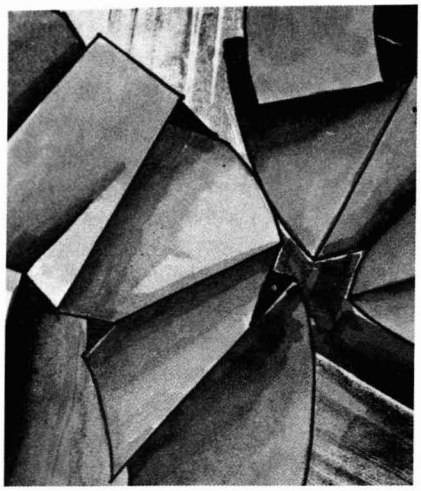
Sus primeros años en México fueron muy difíciles y, quizá por lo mismo, están salpicados de anécdotas referidas tanto por él mismo en su artículo "Así vi yo a Stanley" como por los amigos que han escrito sobre él. Con una profunda aptitud para la investigación, en 1941 obtiene una plaza para llevarla a cabo en el Instituto de Biología de la Universidad Nacional. Es pertinente hacer notar que, hasta ese momento, su producción científica versaba sobre algas marinas. Sin embargo, maravillado por la variedad de ambientes terrestres de nuestro país, decide cambiar su objeto de estudio, las algas, por las angiospermas. Narra Jerzy Rzedowski que, aunque la dificultad para examinar algas marinas en México seguramente influyó en esta decisión, lo más probable es que fuera la vocación y no las razones prácticas lo que lo llevó a cambiar de objeto de análisis. A partir de entonces, y a través de un aprendizaje autodidacta, Faustino Miranda se convierte en un experto de la flora mexicana. Al mismo tiempo, su interés por la investigación es transmitido a colaboradores y alumnos. No es aventurado decir que Faustino Miranda supo transmitir a sus discípulos sus conocimientos, pero sobre todo su entusiasmo por la adquisición de éstos. Ciertamente, su influencia fue determinante en el desarrollo de varias disciplinas botánicas, entre las que destacan la taxonomía, la florística, la ecología, la biogeografía, la etnobotánica y la historia de

ASOCIACION MEXICANA
DE
ESTUDIOS INTERNACIONALES

IX Congreso Nacional Anual

Hacia una nueva idea de la civilización

Querétaro, Qro.19-21 de octubre de 1995
Informes completos:
Tel. 522 1500-10 Ext. 441
Fax. 542 0574



la botánica en México. Sus colaboradores y alumnos cuentan que Faustino Miranda fue un excelente maestro y que ello seguramente era una vocación familiar, pues varios de sus parientes fueron profesores en su natal España. En nivel profesional, impartió cursos en la Escuela Normal Superior, en la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional y en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional. Su pasión por el estudio de los trópicos lo llevó a fundar el Jardín Botánico del Estado de Chiapas. Posteriormente, fundó el de la Universidad Nacional que él mismo describe como "muy original, pues no creo que exista otro en el mundo establecido sobre una vieja corriente de lava". Durante sus 25 años de labor en México publicó cinco libros y más de cincuenta artículos de investigación. Su herbario particular forma parte ahora del Herbario Nacional (Instituto de Biología, UNAM) y su xiloteca se encuentra depositada en la ciudad de Jalapa.

Habiéndose distinguido en varios campos de la botánica, es pertinente referirnos aquí a su contribución en el campo de la ecología. Sin duda alguna, su trabajo más conocido en esta área es el que elaboró con Efraím Hernández Xolocotzi, titulado "Los tipos de vegetación de México y su clasificación", el cual, a pesar de modificaciones y reinterpretaciones producto de un mayor conocimiento de nuestra flora, continúa siendo la base de la clasificación de los ecosistemas terrestres de nuestro país. Otro trabajo clásico es el que publicó con Aaron J. Sharp en la revista *Ecology* en el año de 1950: "Characteristics of the Vegetation in Certain Temperate Regions of Eastern Mexico." En él se describen, de acuerdo con sus afinidades biogeográficas, los tipos de vegetación de la Sierra Madre Oriental, desde San Luis Potosí hasta Veracruz, y de algunas montañas de Oaxaca y Chiapas. Igualmente importantes son sus trabajos sobre la vegetación de México entre los que se abordan cito textualmente "los cerros al sur de la Meseta de Anáhuac", "la región de Tapachula, Chiapas", el "suroeste del estado de Puebla", "la zona de Acatlán, Puebla", "la cuenca del río de las Balsas", "la cuenca alta del Papaloapan" y "la vertiente del Pacífico de la Sierra Madre de Chiapas", entre otros lugares. Destacan también sus contribuciones sobre el significado biogeográfico de los géneros bicontinentales en América tropical y sobre las relaciones entre el clima y la vegetación. Entre estos últimos, el trabajo titulado "Larrea y Clima", que elaboró en colaboración con quien a la postre sería su esposa, Enriqueta García, y con Consuelo Soto, ambas del Instituto de Geografía, es, quizá, el más importante. Asimismo, no quisiera dejar de mencionar el trabajo "Formas de vida y el problema de la delimitación de las zonas áridas de México", si acaso para dar fe de su incursión en todos los ecosistemas terrestres de México.

Me atrevo a decir que, a pesar de la importancia de las investigaciones realizadas por Faustino Miranda, éstas no tendrían la relevancia que alcanzaron de haber carecido de continuidad. Ésta fue posible gracias a su influencia en colaboradores como Efraím Hernández Xolocotzi y Jerzy Rzedowski y mediante la motivación de alumnos como Arturo Gómez-Pompa, Javier Valdés, Mario Souza y José Sarukhán, quienes en diversos campos y con base en sus propias enseñanzas han dado nueva vida al sueño de Faustino Miranda: el mayor y mejor conocimiento sobre la composición, la estructura y el funcionamiento de los ecosistemas terrestres mexicanos.

En cuanto a este aspecto de la formación de investigadores, en mi opinión el más trascendente de la vida de Faustino Miranda, quisiera mostrar su pensamiento reproduciendo fragmentos de dos cartas suyas. La primera, dirigida a su alumno Arturo Gómez-Pompa, dice así:

> Por aquí seguimos trabajando y batallando como siempre, con nuestros escasos medios. Muchas plantas y poca gente que trabaje con ellas, de manera que se van acumulando. No sabe uno qué irá a suceder. Los jóvenes no tienen publicaciones porque no están de investigadores (tienen que vivir dando clases pagadas miserablemente) y no están de investigadores porque no tienen publicaciones. Es un círculo vicioso.

La segunda carta, dirigida a Ida Langman, dice lo siguiente:

> Parece que usted me reprocha por no tener discípulos. Pero esto no es tan fácil como parece. Quizá mi persona no sirva para eso. De todas maneras doy clases en la Facultad y creo que no soy mal profesor. De otra manera, también he podido influir algo, si usted quiere sutilmente, en el medio científico de aquí. Pienso que esto también se traduce en influencia directa sobre la juventud en formación. Esto pienso que es bastante y que es casi todo lo que puedo hacer. Siento, por consiguiente, sus reproches y los considero como inmerecidos. No solamente la influencia de una persona sobre los otros, en este caso sobre la juventud, se ha de traducir en jóvenes que siguen haciendo lo mismo que hace uno, aun dado el caso de que lo superen. Una manifestación de esa influencia puede consistir en inculcar maneras adecuadas de hacer las cosas, aunque hagan cosas muy distintas a las que hace uno. Y todavía esta manifestación de influencia puede ser la no influencia. Como esta paradoja resulta muy complicada de explicar lo dejaré para cuando pueda platicar con usted.

Me parece que esta carta deja claro que Faustino Miranda comprendía con claridad que el papel del maestro no consiste exclusivamente en transmitir conocimientos, sino también en inculcar buenos hábitos de trabajo y una actitud inquisitiva.

La mañana del 17 de diciembre de 1964 la ciencia de México perdió a uno de sus mejores hombres. El Centro de Ecología reconoce la labor académica de Faustino Miranda González, a través de la medalla que lleva su nombre; la otorga a aquellos investigadores que han contribuido al desarrollo del Centro cultivando una línea de investigación original y, con base en ella, promoviendo el entrenamiento de investigadores jóvenes. Como un homenaje al propio Faustino Miranda, la primera medalla fue concedida a su esposa, Enriqueta García Amaro, distinguida investigadora del Instituto de Geografía de nuestra universidad. ◆